

Íntimamente vulnerable

No hacía ni un mes que yo había cumplido los diez años de edad, en los albores del recién estrenado siglo XXI, cuando el gobierno británico nombró a mi padre cónsul y le destinó a Barcelona, España. Lo único que yo sabía de ese país era que hacía mucho sol, que sus playas estaban bañadas por un mar de aguas cálidas y tranquilas y, como las bebidas alcohólicas eran muy baratas, era el lugar preferido por nuestros jóvenes compatriotas para pasar sus vacaciones bebiendo y desenfrenándose hasta límites vergonzantes; un comportamiento radicalmente opuesto al tranquilo y educado que nuestros padres pretendían inculcarnos. Muy a mi pesar, tanto mi hermano pequeño, Danniell, como yo, nos vimos obligados a dejar atrás a nuestros amigos y el ambiente en el que habíamos crecido. Al principio nos costó acostumbrarnos tanto al clima como a las diferencias culturales y lingüísticas. Fueron momentos críticos en los que maldecíamos constantemente que nuestro padre hubiera aceptado el cargo. Deseábamos su fracaso para poder volver a recuperar nuestra normalidad londinense. Obstinado e imbatible al desánimo —como buen Shadowchild que era— puso su empeño y talento en superar todos los obstáculos. Cuando nuestro berrinche menguó, no tardamos en darnos cuenta de que aquí tampoco se estaba tan mal y empezamos a descubrir y a disfrutar de las bondades de este país y de su gente. Claro que esto último con cuentagotas puesto que, en un ejercicio claro de sobreprotección, nuestros padres en raras ocasiones nos permitían relacionarnos con la gente de la calle, y siempre bajo tutela. «Inconvenientes por ser hijos del excelentísimo Cónsul del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte», decían ellos. Ese argumento no nos convencía en absoluto. Conocíamos a familias de otros diplomáticos o de gente tan importante como nosotros, que tenían una actitud mucho más cercana con el pueblo llano. Nuestros progenitores a veces daban la sensación de recelar sin motivo de todo lo que no fuera anglosajón. Tal vez por eso decidieron que cursáramos estudios en el Instituto Británico que había en la parte alta de la ciudad, un centro educativo de enorme prestigio y exigencia, que impartía sus enseñanzas en inglés.

Dentro de lo que cabe, puedo afirmar que la vida aquí se fue desarrollando acorde con la elevada posición social de que gozábamos. ¿Que si éramos felices? No diría tanto, pero en absoluto desgraciados. No teníamos de qué quejarnos. ¿O

sí? Cada vez que Roland, el chófer de la familia, nos llevaba en nuestro coche de lujo, la mayoría de los niños de la calle nos observaban fascinados. Si ellos envidiaban nuestro alto nivel económico, yo hubiera dado lo que fuera por jugar libremente por las calles, conocer otros ambientes, hacer nuevas amistades, compartir sus ilusiones, integrarme en este universo social que ahora nos acogía. Pero eso no podía ser. El estatus que disfrutábamos conllevaba unos riesgos que nuestros padres se obsesionaban en que no corriéramos. Nos relacionábamos casi exclusivamente con los británicos adinerados que, como nosotros, se hallaban desplazados aquí. Solíamos reunirnos para celebrar las fiestas de nuestra añorada patria o para ver algún evento deportivo importante por televisión, ya fuera un partido de fútbol, de rugby o de cricket.

Ahora, pasados ya seis años, las cosas se habían normalizado tanto que empezábamos a pensar que éste iba a ser nuestro hogar durante mucho tiempo, quizás para siempre.

Una tarde, Roland me trajo a casa con demora porque habíamos encontrado un tremendo atasco a la salida del Instituto Británico. Tan pronto el coche quedó estacionado frente a nuestra mansión, me apeé sin esperar a que él cumpliera con su obligación de abrirme la puerta y eché a correr por el camino de grava que conducía a la entrada principal. En un recodo a la izquierda un par de jardineros podaban las ramas de los arbustos y examinaban los brotes incipientes de los rosales. No tardarían mucho en aparecer las primeras flores. En primavera, cuando los capullos eclosionasen, dotarían a nuestra gris morada de una delicadeza cromática más que necesaria y de multitud de aromas. Pasé entre las dos columnas de mármol de la entrada principal saludando a Gladys, nuestra sirvienta sudamericana de color. Este país había recibido una oleada de inmigrantes en los últimos tiempos. Los pocos que yo conocía —casi todos efectuando tareas de servicio—, eran personas agradables, humildes y trabajadoras como ella. Subí los cuatro escalones que conducían al *hall* bailando al son de una cancioncilla de moda. Los tacones de los zapatos del uniforme repiqueteaban el ritmo a la vez que mis labios entrecerrados murmuraban una letra inventada. Había luz en la primera puerta a mi derecha. Como habitualmente los lunes a esa hora, mi padre y mi madre estaban en el salón de té. Me detuve frente al espejo de la pared. ¡A saber la cantidad de personas que se habían visto reflejadas en él en sus más de doscientos años de antigüedad! Me alisé el uniforme y me atusé el pelo con la yema de los dedos. Quería estar perfecta. Entré a saludarles. A diferencia de otros diplomáticos o de gente muy importante, que tenían un trato mucho más cercano con sus hijos, mis padres siempre se empeñaban en mantener una actitud excesivamente formal, como si fueran personajes de épocas pasadas, la victoriana, por ejemplo. No pude evitar una tristeza fugaz. Los dos levantaron la cabeza al verme entrar. Nos saludamos. Me acerqué conteniendo las ganas de reír que me embargaban. Traté de ser lo más comedida posible. A papá le di la mano, a mamá la besé en la mejilla. Ambos lo recibieron con gesto serio.

—¿Todo bien en el Instituto, Samantha?

—Perfecto como siempre, mamá.

Parecía que mi padre iba a preguntarme algo pero se contuvo. Se limitó a mirarme y a mover ligeramente la cabeza. Di la vuelta y me dispuse a salir lo más refinadamente posible. Una vez fuera del salón de té, aceleré el paso. Subí los escalones de dos en dos yendo rauda hacia mi cuarto a dejar la maleta y la bolsa de deportes. Aquella tarde habíamos tenido gimnasia. Era de las pocas asignaturas que me gustaban, la única en que conseguía ser el centro de atención de todas las miradas masculinas y de las envidias de las compañeras. Con pantaloncitos cortos y camiseta ajustada, mi feminidad resaltaba en todo su esplendor. Estaba orgullosa de los evidentes cambios que se habían producido en mi cuerpo durante el último año y que tanto parecían interesar a los chicos. Me sentía atractiva, importante.

Nada más embocar el pasillo, me percaté de que había algo anormal en el ambiente. No alcanzaba a comprender qué era pero mi sexto sentido se puso en alerta. Mis pasos resonaban más de lo habitual sobre el suelo pulimentado. Un silencio extraño me rodeaba. Mi hermano menor, Danniell, los lunes acostumbraba a llegar antes que yo y no se le veía por ningún lado. Me acerqué a su habitación. La encontré vacía. Más que preocuparme, su ausencia me alivió. Un hermano de apenas catorce años era siempre un incordio para una chica que iba para diecisiete. Las veces que me encontraba hablando por teléfono con algún chico, se acercaba y se ponía a gritar «te quiero, mua, mua». Su mundo todavía giraba alrededor de los videojuegos, mientras que yo había dejado de ser virgen hacía ya unos meses. Regresé a mi cuarto bendiciendo mi buena estrella. Podría llamar tranquilamente a alguna amiga y compartir con ella los últimos chismes que circulaban por el Instituto. La puerta de mi habitación estaba entornada. La empujé y entré. Iba a tirar la bolsa de deporte y la mochila con los libros a un rincón, cuando me topé con una imagen sorprendente: Danniell estaba sentado en la silla de mi pequeño escritorio. Tenía un pañuelo aparatoso metido en la boca y sus dos manos, juntas, estaban envueltas con cuerdas. La imagen era más grotesca y ridícula que alarmante.

—¿A qué diantre se supone que estás jugando, renacuajo? ¡Sal de mi habitación ahora mismo! —ordené, apuntándole amenazadora con el dedo.

En ese mismo instante se produjo movimiento a mi derecha. Tras el armario, en la penumbra, había alguien escondido. Era una figura masculina que no tardó en salir a la luz. Vestía una camisa y unos pantalones tejanos en tonos oscuros y llevaba puesto un pasamontañas. Alzó la mano apuntándome con un revólver.

—No haga tonterías y nadie sufrirá daño alguno —dijo en un tono de voz tan bajo que le entendí más por los gestos que por las palabras.

No me costó nada reconocerle. Se trataba de Allistor Parker, el hijo de unos agentes financieros ingleses. Como mi padre era el cónsul del Reino Unido en este país mediterráneo, solía recibirle a menudo para facilitarle los trámites de algunas operaciones internacionales. Allistor, el aprendiz de maleante que tenía

ahora frente a mí, iba a la misma clase que mi hermano, aunque siempre me había parecido mayor porque era casi un palmo más alto que él. A pesar de su burdo intento de disfrazarse, el muy idiota llevaba puestos aquellos calcetines ridículos a rombos, tan característicos de nuestro país nórdico como inadecuados para el clima tan cálido de la zona mediterránea donde ahora residíamos. No me asustó en absoluto que me amenazara con un arma. Aún en el supuesto de que la pistola fuera de verdad, aquel niñato no tendría valor para apretar el gatillo. Estuve en un tris de atizarle un par de sopapos. Me contuve porque una tentación maquiavélica se abrió paso en mi mente. Si aquellos dos críos pretendían gastarme una broma, yo tenía alguna que otra idea sobre cómo conseguir que se volviera en su contra. Por ahora, iba a seguirles la corriente e incluso me las ingeniaría para que su travesura llegara lo más lejos posible. Más tarde, llegado el momento oportuno, me pondría a gritar y mis padres se presentarían pillándoles con las manos en la masa. Yo sería la pobre víctima mientras ellos quedarían con el culo al aire y metidos en un lío descomunal.

—No le haga daño a mi hermano. Se lo suplico —imploré, fingiendo como una bellaca.

—Así me gusta, que sea una buena chica. Ahora tumbese en el suelo.

—¿Por qué? —pregunté haciéndome la tonta.

—Porque como no me obedezca, me lío a pegar tiros —dijo Allistor medio en broma.

Me puse de rodillas y luego de bruces sobre la alfombra mullida.

—Ahora quiero que se levante la falda y me enseñe las bragas.

¡Hasta aquí podíamos llegar! Iba a mandarles al infierno a él y a mi plan. Suerte que se me adelantó mi hermanito. Desde la silla le pegó un certero puntapié a Allistor en la espinilla que le hizo retorcerse de dolor.

—¡Uy!, está bien, eso no. Ponga las manos en la espalda.

El pobre Allistor se frotaba la pierna con la mano que no sostenía el arma. Danniell le miraba aún enojado. No puedo negar que me llenaron de satisfacción tanto la tribulación de uno como el enfado del otro. Llevé las manos a mi espalda y crucé muñeca con muñeca. Mi hermano se sorprendió tanto que casi se cae de la silla. Supongo que lo que esperaba era alguna de mis clásicas reacciones agresivas, no que obedeciera sin oponer resistencia. Su colega también se quedó sin saber qué hacer. Era evidente que no habían pensado llegar tan lejos.

—¿Y ahora qué? —pregunté al ver que nada sucedía.

Veía los ojos del amigo demandar respuestas en el rostro de mi hermano.

—¿Piensas atarme como a él? —pregunté.

Se sobresaltó como si alguien le hubiera tocado el hombro por detrás.

—No... si... supongo.

—¿Con qué? Las únicas cuerdas que hay son las que tiene mi hermano alrededor de las muñecas. ¿Acaso piensas liberarle a él para inmovilizarme a mí?

El apuro que estaban pasando era tan grande que estuvo a punto de escapárseme una risita. Se veían obligados a tomar la iniciativa, a improvisar. Y

no sabían cómo hacerlo. Era evidente que su plan finalizaba con mi susto inicial. Se produjo un silencio tenso e incómodo. Por extraño que pudiera parecer, quien se impacientó por su falta de decisión fui yo. Tal como estábamos, si gritase, sería la única que iba a quedar en evidencia. Ellos tendrían suficiente excusa con decir que estaban jugando y que yo les había malinterpretado. La cosa no podía detenerse ahí. Si quería pillarles bien, tenía que conseguir pruebas irrefutables en su contra.

—¡Menudo ladrón estás tú hecho! Tienes sólo tres posibilidades. Una, sales a toda mecha. Dos, te pones a pegar tiros dejando dos cadáveres. O tres, buscas alguna cosa con que atarme y te largas con lo que sea que hayas venido a robar. Tú decides.

Cuanto más tiempo pasaba, más le temblaba la pistola entre las manos. Sus ojos seguían implorando una respuesta a un Danniell que estaba tan asustado o más que él. Yo tenía que controlar mis ganas de reír si pretendía llevarles a mi terreno.

—¿Tienes miedo? Te veo indeciso —le eché en cara al del revólver buscando que reaccionara de una vez.

—No es eso, es que...

—No habías pensado en atar a una segunda persona, ¿me equivoco? No tienes con qué. ¿Voy bien? —pregunté ante sus constantes titubeos.

Cuanto más hablaba yo, más pusilánime se mostraba él. Me sentía poderosa dominando la escena. Podía ver su frente llenándose de gotitas de sudor. Su inseguridad me agudizaba el ingenio, la mente se me llenaba de ideas. Él no hacía más que mirar la puerta de la habitación, como si pensara salir huyendo por el pasillo de un momento a otro. En ese caso sí que se armaría un buen revuelo. Con el pasamontañas puesto, hasta pudiera ser que alguien del servicio le noqueara de un jarronazo o que mi padre le llegara a disparar con su escopeta de caza. No, eso no se lo merecía este niño aprendiz de travieso. Improvisé.

—Abre aquel armario. Ese de la derecha. Busca en el tercer cajón.

—¿E... es... este? —tartamudeó él.

Abrió el cajón y se quedó observándolo atónito. Luego movió la mano por el interior apartando las prendas que allí había, buscando no sabía exactamente qué.

—Aquí no hay cuerdas —dijo como un lelo.

El cajón estaba repleto de *foulards*. Eran una de mis debilidades. Tenía una buena colección.

—¿Serán suficientes? —le pregunté.

—¿Y para qué quiero pañuelos de colores? —balbuceó desconcertado.

—¡Estúpido, vas a necesitarlos! —dije alzando levemente la voz.

—¿Yo?

—¿Me vas a atar o no? —le reñí bajando el volumen.

—¿Con esto? ¿No se ponen alrededor del cuello?

—Y de muchas otras maneras. Coge uno de ellos por las puntas y estíralo, verás cómo se forma una cinta gruesa.

—Vaya, es verdad —dijo comprobando que lo que yo le decía era cierto, absorbo en el *foulard* alargado que tenía entre los dedos.

—¿A qué esperas? ¿A que venga alguien y te pille con el pasamontañas puesto?

—¡Joder, joder! —exclamó dejando caer el *foulard* al suelo para llevar ambas manos al pasamontañas.

El muy imbécil hizo el gesto de ir a sacárselo. Le detuve con una orden seca.

—Si te vemos el rostro, descubriremos tu identidad. Tendrás que matarnos o la policía te detendrá por asalto con arma de fuego. Te caerán por lo menos diez años.

Yo no tenía ni idea de lo que hablaba pero él era más ignorante que yo en cuanto a asuntos penales. Se quedó paralizado, con el pasamontañas a medio sacar.

—Se te acaba el tiempo, no creo que los de casa tarden en venir. Anda, árame rápido. Luego te largas por la ventana. No te llevarás nada pero a lo mejor hasta te libras de ir a prisión.

Se volvió a colocar bien el pasamontañas. Luego recogió del suelo el *foulard* que había cogido antes, uno amarillo y negro de flores estampadas que me compré en un bazar de Estambul. Yo hubiera preferido que utilizara otro con menor carga sentimental, tal vez alguno de los baratos que adquirí en el rastrillo de nuestra propia ciudad. Cuando Allistor pasó junto a Danniell para venir a donde yo estaba, mi hermano hizo amago de darle un puntapié. Esta vez no le dio. O no tuvo tan buena puntería o el otro le vio venir. Se me escapó una sonrisa disimulada. Danniell estaba fuera de sí con el rostro muy colorado; el otro, pálido como la nieve, se me acercó con movimientos inseguros, impactando con todo lo que había en la habitación. Casi se cae cuando uno de sus pies tropezó con una de las patas de la cama. Por fortuna recuperó el equilibrio. Luego se agachó en busca de mis muñecas.

—Si te hago daño, me lo dices.

—Date prisa y calla.

Me las envolvió una vez e hizo un nudo flácido.

—¿Así está bien? —preguntó, como si yo fuera su profesora y él un alumno que acabara de entregarme un trabajo.

Con un leve movimiento conseguí sacar fácilmente las muñecas.

—¿Tú qué crees? ¡Esmérate!

—Lo haré mejor, perdona.

¿Me había pedido perdón? Resultaba casi tierno. Me volvió a rodear las muñecas y a anudar un par de veces. Mi precioso *foulard* turco estaba ya lleno de arrugas. Qué más daba que le provocáramos unas cuantas más.

—¿Esto es lo mejor que sabes hacer? Me lo aprieto más cuando me lo pongo en el cuello. ¡Anuda con más energía! —le eché en cara.

Todo tenía que ser lo más realista posible para cuando nuestros padres vinieran. Si no, podría parecer que no se trataba más que de un juego y yo quedaría como una tonta. Una muchacha hecha y derecha jugando con críos. ¡Qué vergüenza!

Me quitó el pañuelo para volver a enrollarme las muñecas. Se empleó con bastante más contundencia, tal vez excesiva. El pañuelo se me hundió en la piel y los nudos quedaron duramente constreñidos.

—Esto ya es otra cosa. Casi como lo haría un profesional. Vas aprendiendo.

Los ojos de Danniell y su boca estaban abiertos de par en par. No sólo no me resistía sino que, encima, les guiaba en su travesura. Desde mi postura a ras de suelo podía ver que las puntas de los zapatos de mi hermanito temblaban de lo nervioso que estaba. Eso me indicó lo que podía seguir a continuación.

—Ahora los pies. No querrás que eche a correr y alerte a todo el mundo. Envuélveme los tobillos con más *foulards*.

Juntó mis pies y los levantó lo suficiente para pasar un pañuelo por debajo. Luego le dio varias vueltas alrededor de los tobillos sin demasiada tensión. Esta vez eligió un *foulard* que no me molestó en absoluto que pudiera arrugarse o ensuciarse. ¿Quién se pondría jamás un *foulard* rosa y anaranjado? No combinaba con nada. No lo compré, me lo regaló una compañera de clase en mi último aniversario. Debí haberlo tirado a la basura hace tiempo. Mira por dónde, ahora hasta me iba a ser de utilidad.

—¿Te duele? —preguntó.

—Más bien resulta molesto, pero no tengo elección, ¿verdad? Soy tu rehén.

Él apenas podía concentrarse en lo que hacía. Sus ojos se le iban hacia mi cuerpo, especialmente la parte de la falda donde se marcaban las curvas de mi culo. Eso me incomodó. No poder cubrirme ni echárselo en cara hacía que me sintiera vulnerable, como si estuviera medio desnuda. Por más que constriñó los nudos finales con fuerza, las vueltas le habían quedado holgadas. Yo hubiera podido sacar los pies con tan sólo forcejear un poco y después atizarle una patada en la cara sin demasiada dificultad. Tan cerca como le tenía, probablemente le hubiera dejado inconsciente.

Mientras él meditaba sobre cómo arreglar su chapuza, aproveché para relajarme un poco. Mi mente empezó a divagar pensando en la estética: una somera visión del conjunto delataba que mi captor carecía de gusto en ese ámbito. Hubiera sido mejor que los colores de los pañuelos tuvieran tonalidades blancas o azules para hacer juego con el uniforme del instituto o con el maravilloso bronceado que el sol de estas latitudes le había dado a mi cutis. Aún en mi rol de cautiva, me hubiera gustado estar más elegante para el momento en que nos descubrieran. Hubiera sido genial que alguien me fotografiara, la inmortalización perfecta. Podría observarla en un futuro cada vez que me apeteciera acordarme del día que les di una lección a mi hermanito y a su compinche. Ellos, mis presuntos captores, con cara de asustados y yo, supuesta prisionera, elegante y con el triunfo dibujado en el rostro.

—Habré de utilizar otro pañuelo. Este no me ha quedado muy bien — comentó él, percatándose de la excesiva laxitud de las ataduras en mis tobillos.

Me horroricé al ver que se había decidido por uno de mis pañuelos de encaje, uno que le compré a unas dulces viejecitas en nuestro último viaje a Escocia. «¡Cómo puede usar una prenda tan fina y delicada para un cometido tan exigente! No se puede esperar nada bueno de unos mequetrefes como vosotros», pensé. Solté un resoplido para aliviar mi impaciencia creciente. Lo único positivo era que el muchacho parecía ir espabilando. Esta iniciativa no se la había tenido que indicar yo. Al volver a agacharse sobre mis tobillos, en vez de colocar el segundo *foulard* sobre el primero y constreñir, lo utilizó transversalmente para hacerle un torniquete. Mis tobillos quedaron juntos de una forma contundente y efectiva. Atada de pies y manos, ya podía ponerme a gritar. Ahora sí les tenía justo donde quería. Mi situación ya no era justificable en modo alguno por su parte. Su único argumento sería decir que yo había accedido a que me lo hicieran. Yo lo negaría, mintiendo a medias. ¿Quién les creería? Nadie, seguro. Había llegado la hora de la verdad, el momento del escándalo y del consiguiente castigo paterno. Iba a gritar, cuando sucedió algo sorprendente. Allistor tiró de las puntas de éste último pañuelo haciendo que mis rodillas se doblaran y los tobillos se elevaran en dirección a mi espalda.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunté, intrigada por esa iniciativa tan curiosa.

Al hallarme yo de bruces y él levantarme los pies, mi cara fue a hundirse en la alfombra mullida del suelo. No tuve tiempo de reponerme de la sorpresa, ni de quejarme por la incomodidad, porque sucedió algo inesperado: sonaron dos golpes en la puerta.

—¿Sam?, ¿estás ahí? —dijo mi madre.

Nos quedamos rígidos como si la temperatura de la habitación acabara de bajar de cero. Reaccioné yo porque no lo hubiera hecho nadie. Torcí el cuello para sacar la boca de la alfombra.

—Sí, mamá, no entres, no estoy visible.

—Samantha Shadowchild, no hay nada que no haya visto mil veces —afirmó ella con tono solemne.

—No entres, ya no soy una niña, tengo derecho a mi intimidad —contesté en un modo que, más que de réplica, parecía una súplica.

La puerta sólo estaba entornada. Con una ligera presión, mi madre podría abrirla de par en par descubriendo el panorama. Fueron unos instantes de enorme incertidumbre para los tres que nos hallábamos dentro. Aunque era el momento adecuado para delatar a los canijos y que se ganaran la regañina —mi objetivo desde el principio—, el corazón se me puso a latir con fuerza y un pánico atroz e inesperado se adueñó de mis entrañas silenciando mi garganta. Me sentía atacada por la vergüenza y por una desazón desconocida en todo el cuerpo. Lo que les pudiera suceder a ellos carecía ahora de importancia. No podía soportar

la idea de que mi madre pudiera encontrarme en unas circunstancias tan lamentables.

—¿Has visto a Danniell? Hace rato que le busco. Tiene deberes por hacer y, últimamente, la cabeza en las nubes. Sus notas han bajado hasta límites intolerables. Como se entere tu padre, le va a soltar un sermón de los que hacen época. ¿Sabías que ha sacado un seis en Geografía? ¡Un seis! Dentro de nada empezará a suspender algún examen. Si le ves, dile que se ponga las pilas. Eres su hermana mayor. Debería hacerte caso.

—Sí, y tú su madre, y ya ves —le alcé la voz dominada por el nerviosismo.

—¡Samantha Shadowchild!

—Está bien, mamá, lo intentaré —respondí avergonzada por haberla contestado de ese modo.

La puerta se movió... para cerrarse.

—Si quieres intimidad, no la dejes abierta. Nadie abre la puerta cerrada de la habitación de una señorita sin antes pedir permiso. Consejo de mujer a mujer —dijo con suavidad.

—Gracias, mamá.

Con la calma por haber capeado el temporal, intenté reflexionar sobre mi extraña reacción a la hora de la verdad, o la falta de ella. Me sentía incómoda sobre el suelo. Me acordé de que Allistor, poco antes de la entrada en escena de mi madre, había tirado de las puntas del *foulard* torniquete en mis tobillos obligándome a doblar las rodillas. Ahora me daba cuenta del porqué, y de que tal vez eso tuviera algo que ver con mi desazón, mi desconcierto y mis tribulaciones posteriores. Mientras yo había estado hablando con mi madre, él había hecho llegar mis tobillos hasta donde se hallaban mis muñecas en mi espalda y allí había atado los cabos de los respectivos pañuelos. Mis tobillos y muñecas habían terminado unidos y toda yo arqueada sobre mi barriga, la única parte de mí que ahora tocaba el suelo.

—Para ser un ladrón, tienes un modo bastante peculiar de asegurarte de que los rehenes no se escapen —comenté atónita por su sorprendente iniciativa, y confieso que también admirada.

En mi rol de cautiva, aquel era un detalle que no me esperaba y que encontré especialmente interesante. Mi cuerpo doblado hacia la espalda conllevaba que cualquier movimiento que yo intentara, provocaría un balanceo. Cuando la oscilación se apoyaba en la zona del tórax, mis pechos eran aplastados por mi propio peso y cuando lo hacía en la del abdomen, lo era mi pubis. Por la posición en que me hallaba, tanto mi hermano como el otro quedaban fuera de mi campo de visión. Tuve que girar el cuerpo, balanceándome sobre el suelo en sentido lateral, para poder verles. Ese ridículo reptar sobre la alfombra comportó que se infringieran nuevos y emocionantes roces sobre unas zonas íntimas que yo empezaba a encontrar demasiado sensibles.

—Me gustan tus braguitas —dijo Allistor nada más terminar de revolcarme y tenerle enfrente.

Giré el cuello hacia mi cintura sin conseguir ver nada pero me daba cuenta de que, al tener las piernas elevadas, el borde de la falda del uniforme había caído y mis braguitas quedaban a la vista.

—Tápame, te lo suplico. Me da vergüenza —le imploré, volviendo la mirada de nuevo hacia él.

¡Se lo estaba suplicando, cuando debería estar hecha una fiera ordenádoselo! Más aún, gritando para que mi madre viniera a poner fin a todo aquel desaguisado. ¿Qué me estaba sucediendo? Me sentía vulnerable. Toda la ascendencia que tenía sobre aquel mequetrefe se había evaporado en cuestión de segundos. Mis muñecas luchaban por liberarse y mis piernas forcejeaban para que mi columna pudiera recobrar su posición habitual. Notaba cómo los *foulards* se me clavaban en la piel. Y cuanto más luchaba, más roces sentía en mis pechos y mi pubis. Empecé a notarme extraña y a marearme. La cosa se descontroló definitivamente al producirse algo inesperado y turbador: un pañuelo se introdujo en mi boca separándome los labios. Allistor me estaba amordazando con rapidez y con la misma contundencia con que me había atado las muñecas y los tobillos. De no ser por la magnífica calidad de la prenda, suave y elástica, tal vez se hubiera roto o me hubiera dañado las comisuras de la boca. Al fijar las puntas en la nuca me tiró ligeramente de los pelos. Un detalle furtivo, rudo, agresivo y preocupante que provocó que, por primera vez, tomara consciencia de que la cosa iba en serio. No podía mover la lengua ni articular palabra alguna. Hasta ahora, mis órdenes y sugerencias eran lo único que me había mantenido al mando de la situación. Silenciada y en circunstancias tan humillantes, me sentía impotente y estúpida. No podía pedir auxilio, nadie me oiría y tampoco tendrían el castigo que tenía planeado. Al dejar marchar a mi madre había desaprovechado esa oportunidad. Ahora ya era tarde. Mordí el pañuelo con todas mis fuerzas aún a riesgo de romperlo. El maldito sería de los buenos porque aguantó la furia de mis dentelladas. A duras penas podía mover la lengua. Farfullé algún que otro insulto. Pero apareció un segundo pañuelo, este más grueso. Lo pasó por encima del primero y también me lo anudó en la nuca. Me había quedado la boca bien abierta pero por más que gritaba, apenas lograba emitir algunos gruñidos apagados. Tenía que respirar por la nariz. Allistor se había sacado el pasamontañas y sonreía. Danniell, ahora sin cuerdas ni mordaza, estaba de pie a su lado haciéndome fotografías con la mini cámara que los papás le regalaron por su decimocuarto aniversario.

—¡Hijo de perra! ¡Ya verás cómo te coja! Te voy a dar más que los criados a las alfombras cada sábado —dije, aunque ellos sólo escucharon un murmullo que decía: «mffbr, mmrf, mm...»

Les maldecía con la mirada, lo único de mí que todavía podía enviar mensajes, mientras los dos niños se chocaban la mano como dos jugadores de básquet tras conseguir anotar una canasta. Fueron unos minutos de desesperación, ira, odio y vergüenza. Allistor se agachó. Llevaba algo en la mano. ¿Qué nueva sorpresa me tenían preparada? Era un papel rectangular satinado en

blanco. Cuando le dio la vuelta descubrí que se trataba de una fotografía. En ella podía ver a Eleanor, su hermana mayor, de diecinueve años, que, tumbada sobre una cama con los brazos y las piernas abiertos, atada y amordazada, lanzaba su mirada iracunda a quien la estuviera fotografiando. ¿Habrían utilizado la misma treta con ella? Probablemente. Conmigo habían sido absolutamente convincentes en su papel de inofensivos aprendices de traviesos. Fueron unos instantes que se me hicieron eternos, por sus risas burlescas y el dolor en mis muñecas, tobillos y boca, sin olvidar la columna arqueada. Para colmo, toda la parte frontal de mi cuerpo no podía dejar de frotarse una y otra vez contra la maldita alfombra, como cuando tienes picor, te rascas y esa comezón aumenta en intensidad. Hasta que, por fin, decidieron terminar con aquella pesadilla y se agacharon para liberarme. Mientras iban desatándome, me di cuenta de lo empapada en sudor que estaba. Además, notaba una gran sensibilidad tanto en los pechos como en el bajo vientre. Conocía esa sensación. La había experimentado en demasiadas ocasiones últimamente, casi todas las veces que, saliendo con alguno de los chicos más atractivos del Instituto Británico, la velada terminaba de forma insatisfactoria para mí. En aquellas circunstancias, me llegaba a sentir tan nerviosa y alterada por dentro que más de una vez me vi en la necesidad de encontrar un lugar discreto donde masturbarme.

Ya libre de pañuelos, me puse en pie y salí fuera de mi cuarto, apartándoles de mi camino con un violento empujón. Corrí a meterme en el aseo del pasillo que había al fondo a la derecha, el que suelo utilizar habitualmente. Antes de entrar pude ver que Allistor y Danniell salían de mi habitación. Me paré en el umbral y levanté el puño.

—Como se lo contéis a alguien o enseñéis esas fotografías, juro que os mato. Tú, Allistor Parker, lárgate de aquí y tú, Danniell Shadowchild, ponte a hacer los deberes. Ya hablaremos más tarde cara a cara —amenacé.

Debí de resultar muy convincente porque los dos dejaron de sonreír de inmediato y me obedecieron. Ya dentro del cuarto de baño, confieso que me acaricié. Fue una tentación irresistible, una necesidad al límite. No tardé ni medio minuto en alcanzar el éxtasis. Estaba demasiado alterada. Todo se desencadenó sólo con frotarme varias veces el sexo y los pechos en el modo en que más me urgía. Hundí mi cara sobre una toalla para que no se oyeran mis gemidos. Tardé en recuperarme. Tuve que permanecer bastante rato en el aseo antes de salir porque no me sentía con ánimos de enfrentarme al mundo.

Durante los días siguientes, mi gran obsesión, más que de venganza o de reproche, se concentró en neutralizar las consecuencias de lo sucedido. A Danniell le exigí una promesa de silencio, que borrara las fotografías de la mini cámara y, para terminar de cerrar el círculo, le recordé las muchas cosas que yo podía revelar de él si aquello trascendía. En cuanto a su compinche, la cuestión se presumía bastante más delicada. No tenía nada con qué presionarle. Crucé los dedos deseando que mantuviera la máxima discreción. Como me había mostrado la fotografía de su hermana en mi misma tesitura, y teniendo en cuenta que los

intereses de los Parker y de los Shadowchild estaban estrechamente unidos, todo apuntaba a que su intención era circunscribir el asunto al ámbito íntimo y personal. Por el momento tendría que vivir con esa incertidumbre.